

Tras haber demostrado los rasgos postmodernistas que encontramos en la escritura de Mansfield, el segundo gran reto del presente trabajo es demostrar su proyección feminista, asunto que ha generado un arduo debate teórico. El número de críticos/as que desestima el feminismo en la obra de esta autora es notable, por lo que, siguiendo la opinión de Julia van Gunsteren (1990: 26-8), quienes no la perciben como tal parten de su consideración como una escritora que retrata pequeñas trivialidades sin trascender el simple detalle. Por esta razón, reconocen en ella su “feminidad”, pero no su “feminismo”, percepción que ya veíamos en el apartado 1.1.3. de la introducción a esta tesis. De este modo, críticos como Kinoshita (1999: 4) consideran que Mansfield es frecuentemente etiquetada como “sutil”, “the critical connotation of this adjective is that her writing is, generally, aesthetic *and* apolitical”. Como explicaremos más adelante, uno de los rasgos que tradicionalmente se ha atribuido al feminismo es su proyección política y su reivindicación social de un papel más relevante para las mujeres. De ahí que Mansfield, al ser concebida como una escritora delicada y trivial, no participe de la transcendencia política del feminismo, según la opinión generalizada de la crítica.

Entre quienes atacan esta falta de alcance social y el carácter apolítico de los relatos de la escritora destacan dos grupos. La postura más radical está representada por figuras como James H. Justus (1973: 16), que insiste en la carencia de aspectos sociales en su obra, frente a la de Chéjov o Hardy; Hankin (1982: 1-2, 28), que eleva tanto a Mansfield como a Woolf o Joyce a figuras casi decadentes en su supuesto rechazo del lado político y su defensa extrema del arte por el arte; Heather Murray (1990: 158) y Sam Hynes (1996: 68), que perciben sus relatos como “evasivos”, pues ofrecen una solución que no es solución, la retirada, tratándose ésta de la típica herramienta femenina, lo que sugiere que las mujeres no son capaces de plasmar una proyección social y acaban refugiándose en un mundo interior de fantasía o dolor; y Gordon (1991: 22-3), que rechaza sutilmente su proyección feminista, así como la importancia que cobran en su obra las cuestiones de género. Entre los menos radicales, destaca Con Coroneos (1997: 209), que distingue entre un “romance tóxico” en la ficción de esta escritora y una “realidad sobria” en su diario que la rescata del mundo asfixiante del arte y la proyecta hacia el exterior. Sin embargo, esta crítica no distingue el elemento subversivo y paródico de lo que llama “romances tóxicos” de Mansfield, que analizamos en su pastiche de la novela sentimental en el Capítulo V.

Uno de los detonantes que ha conducido al rechazo de esta autora como feminista es la consideración que tenía de sí misma como “a writer first & a woman after” (*Letters*

4: 133). A raíz de esta afirmación, críticas como Bravo Villasante (1981: 84) y Liselotte Glage (1991: 40) cuestionan su feminismo. A su vez, Mansfield ha sido percibida como una propulsora de los valores patriarcales al no mostrar una clara solidaridad con la tradición literaria de mujeres, al contrario que, por ejemplo, Woolf, y su búsqueda de modelos literarios entre la tradición canónica masculina, como Teócrito, Chéjov, Wilde o Proust (Parkin-Gounelas, 1994: 36). Precisamente, en esta contradicción, una de las pocas defensoras a ultranza del feminismo en Mansfield, Fullbrook (1991: 51-2), sienta la base del feminismo “moderado” o “restaurador” de Mansfield.¹ En su opinión, esta autora se debatía entre una estética masculina, de ahí su emulación del arte de escritores varones, y un pensamiento femenino, que la conducía a abogar por las mujeres. En opinión de Fullbrook, esta disyunción entre pensamiento y arte es, sin embargo, una clara estrategia para las escritoras del siglo XX (menciona también a Woolf y Lessing), puesto que les permite adquirir una voz distintiva dentro del panorama literario dominante.

Esbozado el debate en torno al feminismo de Mansfield, en este capítulo introductorio sentamos las bases de la aproximación feminista que desarrollamos en nuestro estudio de esta autora. Al contrario que todos aquellos que se oponen al feminismo en ella, nosotros sí encontramos una clara estrategia feminista que explicaremos e ilustraremos en su obra. Además, consideramos que el análisis de los elementos postmodernistas que hemos trazado en la narrativa de Mansfield en la primera parte de este trabajo ha de ser complementado con una aproximación feminista, si no queremos perder de vista la perspectiva de género que, en nuestra opinión, constituye uno de los ejes centrales de su obra. Nuestra elección de ambas perspectivas críticas, postmodernismo y feminismo, no es gratuita; estas tendencias comparten ciertas preocupaciones, a la vez que se complementan mutuamente para satisfacer, en último término, nuestra aproximación teórico-crítica a esta autora.

1. FEMINISMOS: TENDENCIAS, DIVERGENCIA E INTEGRACIÓN

Antes de señalar y explicar el tipo de feminismo que aplicaremos en la presente tesis, consideramos de vital importancia delimitar nuestro uso de dicho concepto, puesto que resulta demasiado amplio en su alcance y está cargado de numerosas connotaciones tanto positivas como negativas que conviene aclarar. Para entender la postura que

¹ Más adelante explicamos el concepto de “feminismo restaurador”. Ver apartado 2.3. del presente capítulo.

defendemos, hemos de partir de un debate que constituye un lugar común al hablar de feminismo: la opinión generalizada de numerosas críticas que hablan de una pluralidad en este movimiento por lo que, como afirma Blanca López Román resumiendo este debate tradicional en estudios feministas, hemos de hablar de “nuevos feminismos” en lugar del término “postfeminismo”, utilizado este último, por ejemplo, por críticas como Sophia Phoca y Rebecca Wright.² Según López Román (2000: 27-8), el término de “postfeminismo” se ha venido empleando recientemente, pero sugiere la existencia de “una nueva situación, tras el feminismo radical de los años sesenta y setenta”, así como la idea de que “el feminismo ya no es necesario en épocas posteriores”.

En este sentido, y manteniendo siempre la designación en plural, López Román sugiere el término de “feminismos de la divergencia y de la integración” (Ibid.: 28). Esta matización del término de feminismo y su uso en plural nos alejan del concepto abstracto de “feminismo” que, como afirman Marks y de Courtivron (1981: 2), fue considerado una palabra tabú por la crítica francesa debido al ridículo al que las feministas estaban sometidas y al deseo de romper con un pasado burgués caracterizado por categorías fijas e inamovibles, como el propio concepto de feminismo. De ahí que estas dos autoras titulen su antología *New French Feminisms*, en plural, enfatizando la diversidad y necesidad de redefinir este concepto. Según veremos tras nuestro análisis histórico de los diversos feminismos, hoy en día se suele dar de lado a cualquier perspectiva radical dentro de este movimiento y se prefiere un diálogo entre diversas corrientes que conduce a un enriquecimiento de la perspectiva que se adopta y a una mayor versatilidad en su aplicación.

Para dejar constancia de esta pluralidad de feminismos, comenzamos ofreciendo una visión panorámica de las tres grandes corrientes dentro de este movimiento, que tradicionalmente se conciben como radicalmente opuestas y representan otro lugar común en estudios feministas: los feminismos de corte francés, inglés y americano. Para ofrecer este resumen, partimos de los comentarios de Jardine (1985: 15-6), Elaine Showalter (1993b: 8-9) y López Román (2000: 60), que aclaran las tensiones existentes entre estos tres movimientos. En general, tanto el feminismo americano como el inglés comparten un interés más marcado por la acción social y por resultados palpables en la vida cotidiana. Sin embargo, la gran diferencia radica en que el americano es más académico y está más generalizado en las universidades, donde los cursos de estudios de la

² Ver el volumen conjunto de estas dos autoras, *Introducing Postfeminism* (1999).

mujer, por ejemplo, están adquiriendo progresivamente más fuerza, mientras que el feminismo inglés tiene su base fuera de las universidades, en la política radical o en las revistas, con una clara tendencia marxista y una base histórica fuerte. El feminismo francés, al contrario que los anteriores, es más teórico y abstracto, con una obsesión clara por el lenguaje y la desconstrucción del concepto de “feminidad”, ofreciendo, por tanto, una proyección neofreudiana y lacaniana cercana al postestructuralismo.

Partiendo de estas premisas, podemos resumir también las acusaciones que se hacen unos a otros. El feminismo de corte francés es normalmente considerado como demasiado teórico y radical; se le atribuyen orígenes misóginos al considerar que las teorías en las que se basa, como el psicoanálisis o el postestructuralismo, han sido elaboradas, fundamentalmente, por autores y teóricos masculinos dentro del contexto del patriarcado, de tal forma que, implícitamente, propugnan la desigualdad de las mujeres; también se le considera un movimiento “biologista” que propugna el esencialismo femenino y encasilla a las mujeres en una naturaleza inamovible, regresando a los viejos estereotipos sobre una esencia femenina. A su vez, los feminismos inglés y americano son acusados por los/as defensores/as del francés de aceptar pasivamente determinadas teorías preconcebidas acerca de la naturaleza humana, de tal modo que su interés por alcanzar la igualdad entre hombres y mujeres les lleva a no cuestionar las identidades sexuales manufacturadas por la cultura dominante. Se les acusa, por tanto, de ceguera ante el poderoso aparato del patriarcado y la sociedad capitalista.

2. CLASIFICACIÓN DE LINDA ALCOFF Y ALICE JARDINE

Estas tres proyecciones generales del feminismo se materializan en movimientos más concretos que, incluso dentro de la misma tendencia, por ejemplo la francesa, se perciben como opuestos, pero que en la actualidad se están tratando de integrar. En nuestra aproximación a la narrativa de Mansfield, nos decantamos por una determinada tendencia del feminismo francés, si bien comulgamos con los feminismos de la divergencia y de la integración que están en auge hoy día, complementando así nuestra aproximación de corte francés con aspectos tanto del feminismo inglés como americano.³ Nos acercamos más al feminismo francés, porque presenta numerosos puntos de contacto con el postmodernismo que hemos defendido en la primera parte, concretamente con la

³ Para más detalle, ver el apartado 2.3.

desdogmatización del sujeto y del lenguaje. Dado que este feminismo será nuestro eje principal, hemos seleccionado la clasificación de diversas tendencias dentro del mismo, que llevan a cabo las críticas Linda Alcoff y Alice Jardine. Con ello, demostramos que este feminismo no es uniforme y aclaramos cuál es nuestra aproximación al mismo. En su artículo “Cultural Feminism Versus Post-Structuralism: The Identity Crisis in Feminist Theory” (1988), Alcoff ofrece un resumen impecable de las dos perspectivas fundamentales dentro del feminismo de corte francés, a la vez que las supera y defiende una integración de ambas, a la que nos sumamos y donde encontramos el epítome de esta integración que proponemos.

2.1. Feminismo cultural

El primer punto de mira de Alcoff es lo que denomina “feminismo cultural”, propugnado por Simone de Beauvoir y liderado por figuras como Mary Daly y Adrienne Rich al principio de los años setenta. Con la etiqueta “cultural”, Alcoff se refiere al desmantelamiento de la cultura dominante y la artificialidad de los tradicionales roles de género para promover, en cambio, la idea de una esencia femenina, natural y biológica. Esta crítica define el feminismo “cultural” como “the ideology of a female nature or female essence reappropriated by feminists themselves in an effort to revalidate undervalued female attributes” (1988: 408). A su vez, aclara que el enemigo de las mujeres para este feminismo no es solamente el sistema social y económico, o sus valores retrógrados, sino también la propia masculinidad y, en algunos casos, el hombre como ser biológico, lo cual explica la esencia femenina y conduce a un determinismo biológico en último término. Alcoff aclara que fue Alice Echols quien propuso la etiqueta para este tipo de feminismo y menciona a las siguientes propulsoras del movimiento: Susan Griffin, Kathleen Barry, Janice Raymond, Florence Rush, Susan Brownmiller y Robin Morgan, entre otras. Aunque las defensoras del feminismo cultural lo distinguen claramente del feminismo radical de los años sesenta, no se deshacen del toque separatista de este último cuando excluyen al hombre del feminismo y afirman que “it is our specifically female anatomy that is the primary constituent of our identity and the source of our female essence” (Ibid.: 410).

Alcoff resume los pros y contras de este movimiento. Sus principales puntos débiles son el esencialismo y la homogeneidad del sujeto femenino, producto de la elaboración de sus preceptos por mujeres blancas europeas. Al propugnar un concepto esen-

cialista de “la mujer”, homogéneo y universal, al que todas han de adherirse, acaban convirtiendo este movimiento en una actividad que, en lugar de combatir el sexismo imperante, lo promueve al invertirlo y rechazar radicalmente al hombre, del mismo modo que el sistema patriarcal excluye a la mujer. Se trata, por tanto, y como afirma Kristeva (1986f: 202), de un “sexismo invertido”. El feminismo cultural no constituye una solución al sexismo ni refleja la variedad que caracteriza a las mujeres, por lo que, en lugar de hablar de “mujeres” en plural denotando la multiplicidad que las caracteriza, habla de “la mujer” y su esencia, común para todas ellas. Este feminismo acaba siendo tan restrictivo para ellas como el propio patriarcado, pues las acaba encasillando en compartimentos estancos y uniformes que no reconocen la heterogeneidad de este grupo (Alcoff, 1988: 413-15). El único aspecto positivo que Alcoff encuentra en este tipo de feminismo es que, frente al liberal anterior, que defendía una mujer masculinizada que compartiese una cierta igualdad con el hombre, sostiene que los valores propiamente femeninos son tan aceptables como los masculinos, y no inferiores o de segundo grado.

2.2. *Feminismo postestructuralista*

Otra manifestación del feminismo francés es el que Alcoff denomina “feminismo postestructuralista”, también conocido como “posthumanista” o “postesencialista”. Partiendo de las teorías de Jacques Lacan, Michel Foucault y Jacques Derrida, este feminismo defiende la desconstrucción del sujeto y, en este sentido, su premisa básica es que “the self-contained, authentic subject conceived by humanism to be discoverable below the veneer of cultural and ideological overlay is in reality a construct of that very humanist discourse” (Ibid.: 415). Esta idea es la que hemos demostrado en el Capítulo II del presente trabajo, dedicado al sujeto escindido del postmodernismo. Por ello, la acción que lleva a cabo este feminismo se puede resumir en lo que Alcoff denomina “nominalismo”, “the idea that the category ‘women’ is a fiction and that feminist efforts must be directed toward dismantling this fiction” (Ibid.: 417). Este nominalismo de Alcoff se acerca al concepto de “catacrexis” propuesto por Ahmed (1998: 79) para definir el vacío existencial del sujeto tras el arma del lenguaje, explorado en el apartado 2.2. del Capítulo III, por lo que dicho feminismo comulga con los preceptos postmodernistas y postestructuralistas y su labor desdogmatizadora, estudiados en la primera parte de esta tesis.

Alcoff resume las ventajas e inconvenientes de esta perspectiva. Entre los inconvenientes, destaca dos: por un lado, la falta de agencia humana, en cuanto que no deja

lugar a la habilidad del sujeto para enfrentarse con el discurso e instituciones sociales, concibiéndolo como una marioneta al servicio de la sociedad; por otro, el carácter apocalíptico y negativo de este feminismo, que se limita a la desconstrucción sin ofrecer alternativas de cambio. Como afirma Alcoff (1988: 419), el “nominalismo” con su descubrimiento de que la categoría de “mujeres” es una ficción amenaza con aniquilar al propio feminismo, puesto que este movimiento carecería entonces de una posición clara desde la que luchar. Por ello, “[a] nominalist position on subjectivity has the deleterious effect of de-gendering our analysis, of in effect making gender invisible once again” (Ibid.: 420). Si el género se percibe como una construcción social únicamente, la necesidad e incluso la posibilidad de una política feminista entran en crisis, puesto que surge la pregunta de qué se puede demandar en nombre de las mujeres si éstas no existen (Ibid.). De esta percepción se deduce otro inconveniente del feminismo postestructuralista: su carácter universal sin tener en cuenta la particularidad de cada mujer, ya que el rechazo de la subjetividad conlleva un rechazo de la idiosincrasia de los individuos.

De acuerdo con Alcoff, Kristeva, la crítica que nos servirá de base para el análisis feminista de Mansfield en el Capítulo VIII, pertenece a esta tendencia, si bien demostraremos que, en nuestra opinión, supera el feminismo postestructuralista y presenta elementos de integración de varias tendencias. Es cierto que esta perspectiva teórico-crítica puede dar la impresión de cometer los errores anteriormente reseñados, pero hemos de comprender que este feminismo lleva a cabo una primera acción: dismantlar los sistemas de conocimiento impuestos por la sociedad y aceptados sin dubitación por todos los individuos. El segundo paso, o la acción social en pro de un determinado grupo, en este caso las mujeres, es el efecto de aquella primera acción y se encuentra implícito en este tipo de feminismo que, de esta forma, integra elementos del feminismo cultural y su lucha política.

En cuanto a las ventajas del feminismo postestructuralista, Alcoff destaca la promesa de una mayor libertad para las mujeres, “the ‘free play’ of a plurality of differences unhampered by any predetermined gender identity as formulated by either patriarchy or cultural feminism” (Ibid. 418), y su superación de los feminismos liberal y cultural en una habilidad para teorizar la construcción de la subjetividad humana, lo que permite aprender un poco más acerca de los mecanismos de opresión sexual. Tal y como lo presenta Alcoff, este movimiento ofrece numerosos puntos de conexión con el postmodernismo de la primera parte de nuestra tesis; sin embargo, el tipo de feminismo al que finalmente recurriremos necesita transcender la labor desconstruccionista de este feminismo

postestructuralista, siendo entonces cuando nos adentramos en el último tipo que propone Alcoff.

2.3. Feminismo “restaurador”

Finalmente, Alcoff explica una nueva perspectiva feminista que integra elementos de las dos anteriores, citando a otras críticas que, como ella, defienden esta integración: Teresa de Lauretis y Denise Riley, entre otras. Puesto que Alcoff no acuña ninguna etiqueta léxica para referirse a este feminismo integrador, hemos optado por el término de “recuperative feminism” que sugiere otra crítica de renombre, Jardine (1985: 57), para referirse a este movimiento feminista ecléctico, que nosotros traducimos y acuñamos como “feminismo restaurador”.⁴ Partiendo de una dimensión histórica para evitar la globalización de lo femenino y del concepto de “política de identidad”, la premisa de esta nueva alternativa que propone Alcoff se puede resumir como “to recognize one’s identity as always a construction yet also a necessary point of departure” (1988: 432), de tal forma que combina los preceptos de los dos movimientos anteriormente comentados: por un lado la necesidad de reconocer que somos un constructo social; por otro, aceptar esta identidad manufacturada como el punto de partida necesario para reivindicar ciertos derechos. De este modo, Alcoff y demás propulsores del movimiento encuentran la solución al problema que Manuel Barbeito (2001: 11), haciéndose eco de un debate ya tradicional, encuentra en el feminismo al que concibe como dividido en dos tendencias principales: una enfatiza la desconstrucción del sujeto y de la oposición entre lo masculino y lo femenino; la otra insiste en la importancia política de una identidad femenina distintiva. Alcoff (1988: 433) ofrece la solución a esta dicotomía aparentemente irreconciliable:

If we combine the concept of identity politics with a conception of the subject as positionality, we can conceive of the subject as nonessentialized and emergent from a historical experience and yet retain our political ability to take gender as an important point of departure. Thus we can say at one and the same time that gender is not natural,

⁴ Hemos acuñado este término en español, “restaurador”, para referirnos al concepto de “recuperative feminism” de Jardine. Habíamos barajado traducciones como “integrador”, “ecléctico” o incluso “recuperativo”. Este último término suena extraño en español, y los dos primeros no nos parecen reconocer la aportación original del feminismo que proponen Alcoff y Jardine. Por tanto, preferimos el término “restaurador”, que supone partir de una base ya establecida, pero deteriorada (en este caso los feminismos cultural y postestructuralista), que es superada por una aportación nueva, de tal modo que antiguo y nuevo coexisten en esta nueva tendencia feminista.

biological, universal, ahistorical, or essential, and yet still claim that gender is relevant because we are taking gender as a position from which to act politically.

En cualquier caso, este feminismo restaurador se aproxima más al feminismo postestructuralista que al cultural, pues el primer paso necesario es la desconstrucción del concepto de género, mientras que el segundo no es aceptar una identidad preestablecida, sino luchar a favor de lo femenino desde una perspectiva de género, pero aceptando el carácter artificial de dicho concepto. Jardine (1985: 48), que igualmente potencia la integración de ambas tendencias del feminismo, también se decanta por el feminismo postestructuralista, que engloba bajo la etiqueta de “feminismo francés”, al alegar las siguientes razones: vivimos en una era de post-representación que va más allá del mimetismo y la aceptación placentera de la subjetividad; el hombre y la mujer sólo existen dentro del orden simbólico y son determinados por el lenguaje y la política; a la mujer no se le puede dar prioridad como si esta opción fuera la panacea para sus problemas. Jardine propone, por tanto, lo que ella denomina “woman-in-effect”, es decir, no una mujer en esencia sino el constructo resultante, que al mismo tiempo imita y rechaza el papel que se le atribuye. En su opinión, se trata de desarrollar una teoría y práctica nuevas no basadas en la síntesis o la transcendencia de otras, sino en una “estrategia”, una revolución desde dentro del patriarcado en consonancia con nuestro concepto de *mimicry*, que desarrollaremos en el Capítulo VIII. Por tanto, frente al feminismo radical, defiende este feminismo restaurador, donde los hombres también tienen cabida, e incluso participación (Ibid.: 57).

Sin embargo, resulta significativo que, a pesar de defender la importancia de este feminismo deconstructivo, Jardine afirma que el feminismo angloamericano, aquél que, en su opinión, trata de definir una tradición literaria femenina (como subcultura o contracultura) y elaborar una poética feminista basada en la escritura de mujeres, puede ser el único camino que le queda a la crítica feminista *per se* para avanzar (Ibid.: 53). En esta consideración, observamos la necesidad de complementar las diferentes tendencias feministas. Por ello, en nuestra visión restauradora no sólo integramos los feminismos cultural y postestructuralista de la corriente francesa, que materializamos en la figura de Kristeva en el Capítulo VIII; también aglutinamos la proyección social y pragmática más típica del feminismo angloamericano, centrándonos en la subversión política y social del feminismo restaurador más allá de la mera desconstrucción y en línea con la proyección socio-política que hemos considerado en la primera parte dedicada al postmodernismo.

Además, tenemos en cuenta la “ginocrítica cultural” defendida por Showalter y las feministas americanas, que nos parece de vital importancia para reivindicar el papel de la escritora, especialmente dentro de un movimiento androcéntrico como el modernismo literario. El análisis de estos aspectos normalmente ajenos al feminismo de corte francés, pero que complementarán nuestro feminismo restaurador, se llevará a cabo en el capítulo siguiente.

3. POSTMODERNISMO FEMINISTA

3.1. Concepto

El feminismo restaurador que hemos distinguido demostrará aún más su carácter integrador cuando le sumemos a su eclecticismo de perspectivas feministas una alianza con el postmodernismo, que dará como resultado el “postmodernismo feminista” que nos ocupa a continuación. Ya de entrada, Hutcheon (1988: 70) resume el elemento de intersección principal de ambas tendencias críticas al considerar que éstas comparten un interés común por el poder, “its manifestations, its appropriations, its positioning, its consequences, its languages”. Postmodernismo y feminismo y, en consecuencia, el producto resultante de su alianza, comparten la marginalidad que constituye el eje de nuestra tesis, alzándose contra el poder y su efecto restrictivo al defender posiciones “ex-céntricas” tan válidas como cualquier posición canónica. Esta marginalidad y su deseo por poner en tela de juicio la autoridad patriarcal constituye el pilar básico de ambas perspectivas.

Recientemente, el planteamiento de una alianza o influencia recíproca entre feminismo y postmodernismo ha cobrado un auge sin precedentes. Gran parte de la crítica promulga dicha alianza, si bien se distingue también un grupo de quienes se oponen frontal o parcialmente a esta coalición. Quienes defienden la primera posibilidad ofrecen diversas etiquetas para el producto resultante de la interacción de elementos feministas y postmodernistas. Toril Moi (1990: 35), Phoca y Wright (1999: 3) hablan de “post-feminismo”,⁵ mientras que Elam (2000: 43) prefiere el término “feminismo postmodernista” frente al de “postmodernismo feminista” de Susan R. Suleiman (1991: 117). Considerando la diversidad de denominaciones de este fenómeno de intersección de teorías, nos decantamos por la etiqueta de Suleiman, puesto que en nuestro análisis

⁵ Para entender nuestro rechazo de este término, ver la opinión de López Román sobre “postfeminismos” en el apartado 1 del presente capítulo.

partimos de la base teórica establecida por el postmodernismo, de ahí el uso de este término como sustantivo y no como adjetivo, mientras que la proyección feminista constituirá una complementación indispensable para otorgar al problema de género en Mansfield el lugar que merece, pero siempre considerando un feminismo más moderado, e incluso ambiguo.⁶

3.2. Debate

3.2.1. En contra

No obstante, la coalición entre postmodernismo y feminismo no goza de la aceptación de toda la crítica, lo que ha conducido a un arduo debate. La reticencia de algunas feministas a aceptar el influjo postmodernista es significativa y, por tanto, requiere un tratamiento especial, si bien es cierto que, como admite Fullbrook (1995: 79), una de las oponentes a ultranza de esta coalición: “I am scarcely alone in thinking that philosophical and political postmodernism is a most unlikely ally for a rationalist, democratic project like feminism”, admitiendo que el número de críticas que apoyan su opinión no es muy elevado. Las razones más comúnmente alegadas contra este tipo de alianza se pueden resumir en tres: (1) el rechazo de la base teórica del postmodernismo frente a la acción directa del feminismo; (2) la desaparición de la mujer como un pilar básico desde el cual luchar; (3) los orígenes misóginos de las teorías postmodernistas.

En primer lugar, se piensa que uno de los pilares fuertes del feminismo siempre ha sido la acción, su proyección social y pragmática, careciendo a menudo de una base teórica, pero encontrando en esta falta una de sus grandes virtudes, puesto, que al fin y al cabo, lo que se persigue es un cambio social palpable. Así, una de las opositoras más fuertes a la alianza entre postmodernismo y feminismo, Showalter (1993a: 127-8), considera que la demanda académica de teoría constituye una seria amenaza para la necesidad feminista de autenticidad, hasta tal punto que, si se consigue finalmente esta teoría, el movimiento feminista habrá muerto. En otro de sus artículos, Showalter (1993b: 244) reconoce que, hasta muy recientemente, la crítica feminista no ha tenido una base teórica, sino que ha sido “an empirical orphan in the theoretical storm”, y traza una evolución de críticas y escritoras que han rechazado la teoría en sus prácticas

⁶ Para entender este feminismo ambiguo, ver nuestro Capítulo VIII, donde estudiamos lo que consideramos el feminismo moderado de Kristeva, al igual que el de la propia Mansfield cuando afirma “Im a writer first & a woman after” (*Letters* 4: 133), cita con la que abrimos este capítulo.

feministas, desde Virginia Woolf, a Mary Daly, Adrienne Rich o Marguerite Duras, todas las cuales satirizan el “narcisismo estéril” del academicismo masculino y celebran la afortunada exclusión de las mujeres de su “metodolatría” patriarcal. Estrechamente ligadas a este rechazo teórico, encontramos figuras que detectan en este movimiento un interés excesivo por el carácter abstracto del lenguaje y el discurso frente a una atención palpable hacia la opresión real. Ésta es la opinión de Elizabeth A. St. Pierre y Wanda S. Pillow (2000: 7) y de Janice McLaughlin (1997: 6), que considera que:

A preoccupation with postmodernism has become for some a symbol of that often seen academic feminist habit of becoming further and further removed from the everyday lives of “ordinary” women [...]. Once the debate is set up like this it becomes difficult to defend positions without appearing like an academic pariah, happier debating words than fighting oppression.

Otra de las razones de peso para desestimar la influencia postmodernista en el feminismo es la falta de claridad con respecto a la liberación de las mujeres. El postmodernismo presenta un aspecto positivo: la desestabilización de los valores tradicionalmente impuestos por el patriarcado y concebidos e interiorizados por los miembros de la sociedad como naturales. Su gran logro ha sido exponer el carácter artificial del lenguaje, de los valores de género y de la personalidad del propio individuo. Sin embargo, en contrapartida, esta desconstrucción del individuo y su eclecticismo chocan frontalmente con los presupuestos feministas, donde se necesitan sujetos coherentes a los que poder dotar del poder necesario para propulsar una agenda política adecuada. En el modelo postmodernista, el ser humano de carne y hueso parece diluirse y, en su lugar, encontramos seres asexuales (o bisexuales) y complejos que aceptan pasivamente su construcción social y no saben por qué han de luchar. Éste es el miedo que expresa Morris (1996: 159) al exponer la indeterminación del denominado “sujeto en proceso” del postmodernismo y su falta de claridad con respecto a un objetivo político.

Finalmente, un tercer aspecto que incita al rechazo del postmodernismo dentro de los diferentes feminismos lo constituyen sus orígenes misóginos. De nuevo, destacamos la presencia de las dos figuras disidentes más significativas, Showalter y Fullbrook. La primera rechaza de pleno cualquier adaptación de modelos patriarcales para alcanzar objetivos feministas. En este sentido, refiriéndose a algunos modelos postmodernistas, Showalter (1993a: 139) afirma:

Feminist criticism cannot go around forever in men's ill-fitting hand-me-downs, the Annie Hall of English studies; but must, as John Stuart Mill wrote about women's literature in 1869, "emancipate itself from the influence of accepted models, and guide itself by its own impulses" – as, I think, gynocritics is beginning to do.

Por tanto, define cualquier tendencia postmodernista como impregnada de misoginia y, en este sentido, inservible para explicar modelos femeninos. Opina que, debido a estos orígenes de numerosas tendencias feministas en modelos patriarcales, "feminist adaptations seem to have reached an impasse" (Ibid.). Fullbrook (1995: 73) corrobora esta idea cuando destaca a pensadores como Nietzsche, Heidegger o Freud, a quienes considera como fundadores del postmodernismo y en quienes reconoce una misoginia ineludible junto con una lista interminable de "hombres" que son los encargados de darle voz a este movimiento sin dejar espacio para que las mujeres se expresen. Sin embargo, la propia Fullbrook, a pesar de oponerse frontalmente a la alianza feminismo/postmodernismo, se contradice a sí misma cuando admite que dicha coalición es posible y que ciertas autoras como Angela Carter o Caryl Churchill han logrado mezclar con éxito ambas tendencias (Ibid.: 83).

3.2.2. A favor: postura de esta tesis

Como vemos, las críticas que se oponen a la alianza de postmodernismo y feminismo se contradicen en sus argumentos. La mayoría de la crítica acepta esta coalición, si bien existen claras divergencias respecto al grado de fusión que se tolera. Con respecto al rechazo de la base teórica que proporciona el postmodernismo al feminismo, López Román (2000: 17) trata de buscar una explicación para justificar dicho influjo. Esta crítica habla de una academización ineludible del movimiento feminista y cita los pros y contras de esta acción. En cuanto al resultado positivo de este proceso, señala que esta teoría nos rescata del excesivo interés político de los años sesenta y setenta, superando, de este modo, un radicalismo hoy anticuado porque muchos de los objetivos prácticos perseguidos en aquellos momentos han sido alcanzados en la actualidad. Así, las teorías feministas radicales de entonces, como afirma López Román, parecen extremistas e ingenuas en la actualidad. A su vez, el efecto negativo de esta academización es el distanciamiento de la lucha política directa y la reclusión del feminismo militante actual dentro del mundo académico, lo que resulta contraproducente para la igualdad entre los sexos, aún no alcanzada en su totalidad.

En cualquier caso, consideramos que el efecto de esta alianza no es tan negativo y que esta lucha política no se limita al ámbito académico, sino que, por medio de la concienciación colectiva, conlleva un efecto secundario de consiguiente acción social al percatarnos de la castración patriarcal. Además, la academización de los diversos feminismos los acerca al movimiento postmodernista, más teórico y filosófico, de ahí nuestro casamiento de ambos. No obstante, para entender el potencial de la unión de ambas tendencias, recurrimos a las palabras de Hutcheon. Esta crítica señala que el postmodernismo conlleva un trabajo “desdogmatizador” y una desconstrucción ideológica (1991a: 142). Se trata, pues, del primer paso de concienciación en el sujeto que lo conduce a comprender su nivel de construcción social e imposiciones ideológicas externas. Los feminismos, sin embargo, trascienden este primer nivel de desdogmatización del postmodernismo para llevar a cabo, en un segundo nivel, un cambio palpable de los sistemas patriarcales. La percepción de Hutcheon (Ibid.: 152-3) es que “art forms cannot change unless social practices do. Exposition may be the first step; but it cannot be the last”. Así pues, de acuerdo con esta crítica, existen dos niveles de transformación social: uno más teórico de desnaturalización, llevado a cabo por el postmodernismo, y otro más pragmático de acción evidente, desarrollado por los feminismos.

Nuestra idea, sin embargo, radica en observar este segundo nivel como implícito en el postmodernismo. Partimos de la premisa de que este movimiento, con su acción desdogmatizadora que explicábamos en la primera parte, provoca en los/as lectores/as un efecto secundario, el de la acción, como resultado de la concienciación que promueve. En realidad, implícitamente, ésta es la idea defendida por Hutcheon (Ibid.: 168), cuando concibe el feminismo como una “política” de cambio social real y al postmodernismo, no como abiertamente político, sino como “doblemente codificado”, encontrando en esta ambigüedad del postmodernismo su fuerza para trascender los límites textuales y provocar un cambio social. Como señala esta crítica en otro de sus trabajos: “[the] power to unmask and de-naturalize [...] may only be a step towards action, but it is not necessarily politically quietistic, as some seem to believe” (1991b: 153). Así, frente al ataque que se hace de que este movimiento no proporciona una postura clara desde la que luchar, su desestabilización de los valores patriarcales tradicionalmente aceptados promueve el espíritu crítico en el público lector que, de este modo, reconoce la opresión que se ha venido ejercitando desde antaño y puede actualizar el segundo nivel de subversión; es decir, el cambio real y político en la sociedad de la que forma parte.

Nos sumamos, por tanto, a quienes defienden la interacción entre estas dos perspectivas. Esta influencia recíproca resulta beneficiosa para ambas, ya que se complementan mutuamente y acaban por cubrir algunas de sus deficiencias intrínsecas. Resumimos, a continuación, el beneficio recíproco que suponen. Por un lado, el postmodernismo proporciona al feminismo estrategias paródicas para descentrar los presupuestos patriarcales y presentar la noción de género como una ilusión o construcción artificial, frente a la “naturalidad” con la que el sistema patriarcal trata de venderla a sus miembros (Hutcheon, 1991a: 142); constituye una garantía política y una base teórica sólida para el feminismo al estar consolidada como una práctica reciente y respetable (Nicholson, 1994: 69 y Suleiman, 1991: 116); pone en tela de juicio las ideas impartidas por la modernidad, a menudo simplemente aceptadas por el feminismo (Elam, 2000: 44); revela los defectos del feminismo continental, rechazando frontalmente la idea de esencialismo, presente desde antaño en el feminismo de corte francés, y condenando la sustitución de una epistemología masculinista por una feminista (Hekman, 1990: 8 y Simpson, 1995: 108). A su vez, los diversos feminismos incitan al postmodernismo a reconsiderar el concepto humanista universal de “hombre” en términos de género y a desnaturalizar la separación público-privado, político-personal (Hutcheon, 1991a: 167); además, añaden al postmodernismo la dimensión de género, a menudo relegada a una posición secundaria (Hekman, 1990: 8).

No se trata, pues, de una relación parasítica en la que el feminismo pasivamente se impregna de influencias postmodernistas, sino que, como afirma McLaughlin (1997: 8), el feminismo se convierte en un contribuyente activo del postmodernismo, y no en un receptor pasivo. Esta complementación del postmodernismo con el feminismo es necesaria puesto que, como afirma Ahmed (1998: 4): “feminism’s inclusion *as* postmodern also defines the terms of its exclusion; feminism is spoken of (‘you are part of us’), but does not speak (or, more precisely, is not heard)”. Nuestra intención al detallar explícitamente la relación de ambas tendencias es dotar al feminismo de una voz perceptible en nuestro trabajo, tanto como la del postmodernismo. En cualquier caso, comulgamos con la percepción de Waugh (1998: 192), cuando considera que defender esta influencia recíproca no supone una simbiosis, sino una selección estratégica y un proceso de toma de decisión. Aunque hay figuras críticas que defienden que postmodernismo y feminismo son “aliados naturales” (Assiter o Nicholson), la mayoría admite, como es nuestro caso, que se trata de una relación puramente de interés, donde cada movimiento hace un uso estratégico de los elementos que le puede aportar el otro. De este modo, la

perspectiva feminista nos permite denunciar las desigualdades sociales que se proyectan fuera del ámbito del texto, mientras que la perspectiva postmodernista nos permite estudiar, además, elementos intrínsecos al texto, o metanarrativos, así como el valor estético y formal, de tal forma que la confluencia de ambas corrientes nos resulta de gran utilidad.

4. La marginalidad en el feminismo

Al igual que destacábamos el concepto de marginalidad como central al movimiento postmodernista, queremos llamar la atención sobre este aspecto que constituye el vínculo de unión de la presente tesis y que, por tanto, juega un papel fundamental en nuestra selección del feminismo como base teórica. La “deslegitimación” de las “grandes narrativas” que propugna el postmodernismo encuentra un campo de acción propicio en el feminismo, que de por sí lucha por conceder voz a un grupo marginado dentro del sistema falocéntrico imperante: las mujeres. Pensemos, especialmente, en las escritoras pertenecientes al modernismo literario, entre las que se encuentra Mansfield, quienes, con excepción de Woolf, han sido excluidas del canon literario al ser favorecida la escritura de varones como Eliot, Joyce, Lawrence o Pound. En este caso, gracias a perspectivas como el feminismo, se ha reconocido la labor de estas mujeres, hasta tal punto que, como demostramos en el siguiente capítulo, se ha descubierto que, a pesar de que todo el mérito se lo hayan adjudicado los escritores varones, el origen de este movimiento se debe, fundamentalmente, a escritoras como la propia Mansfield. A su vez, la crítica feminista ha encontrado desde el principio una fuerte oposición para solidificarse en el ámbito académico canónico, que sólo admitía las teorías “objetivas y científicas” masculinas, frente a la irracionalidad o la subjetividad que, se suponía, caracteriza el discurso femenino.

Por ello, nuestra elección del feminismo restaurador se materializa en una estrategia subversiva que insiste en la marginalidad femenina, pero que, sin embargo, contribuye a revalorizar la experiencia de las mujeres al poner en tela de juicio los valores de género creados por el patriarcado. Nos referimos a la estrategia de la “imitación intencionada”, o “mimicry”, que escogemos como aquella que sistematiza con mayor claridad la labor subversiva del feminismo restaurador que seguimos, y que apli-

caremos con detalle en nuestro análisis de los relatos de Mansfield.⁷ Esta técnica comprate la marginalidad de la parodia y la ironía que veíamos en el Capítulo V, puesto que se dedica a imitar los roles de género, pero no inocentemente, sino con una clara intención satírica y subversiva con el fin de dismantelar el sistema dominante y su artificialidad. Esta estrategia, al igual que ocurre con todas las revisadas en la sección dedicada al estudio del postmodernismo, trasciende los límites textuales y reivindica un cambio social que habrá de ser necesariamente lento y duro, puesto que se trata de una iniciativa que proviene de la marginalidad.

Frente a la opinión de quienes rechazan este feminismo restaurador y su técnica de la “imitación intencionada” por considerar que, en lugar de romper radicalmente con el sistema, potencia sus valores,⁸ nosotros insistimos en la eficacia de esta perspectiva: no se trata de rechazar automáticamente los modelos patriarcales, pues dicho rechazo sólo conduce al ostracismo y la imposibilidad de expresarse dentro del sistema, como es el caso de los feminismos liberal y cultural; se trata, por el contrario, de estudiar con detalle dichos modelos y utilizarlos estratégicamente para su subversión. Es cierto que esta labor se hace desde la marginalidad y juega con la desventaja de no gozar de la credibilidad de otras perspectivas más canónicas, pero su estrategia, aunque lenta, es segura y va minando paulatinamente la autoridad de los valores patriarcales.

5. Conclusión

En esta introducción a la segunda parte del presente trabajo, hemos esbozado los presupuestos teóricos generales del tipo de feminismo que seguiremos en el análisis de la obra de Mansfield. Hemos comenzado insistiendo en la pluralidad que caracteriza la crítica feminista, especialmente en la actualidad. Tras detallar las tres grandes tendencias feministas habituales (francesa, inglesa y americana), nos hemos decantado por la primera, si bien hemos comulgado con la tendencia actual de los feminismos de la divergencia y de la integración, propugnada por Alcoff (1988), Jardine (1985) o López Román (2000). En este sentido, optamos por lo que hemos denominado feminismo

⁷ Ver el Capítulo VIII, donde teorizamos este concepto, así como su aplicación práctica a los relatos de Mansfield en el Capítulo IX.

⁸ Tomando a Kristeva como una de las materializaciones del feminismo restaurador, detectamos a los/as siguientes críticos/as que insisten en el apoyo de este feminismo al sistema dominante en lugar de atacarlo: Catherine Burgass (1995: 20), Morris (1996: 144), Ewa Plonowska Ziarek (1999: 324-7) o Charles Shepherdson (2000: 56). Para un estudio más detallado de este debate, ver el apartado 2 del Capítulo VIII.

“restaurador”, adaptando al español el término de Jardine, fundamentalmente cercano al feminismo postestructuralista del que habla Alcoff (en su labor desconstruccionista del sujeto, concretamente de la mujer), pero incorporando, a la vez, rasgos del feminismo cultural (en su aceptación del sujeto construido como punto de partida para luchar por unos derechos), e incluso del feminismo angloamericano (en su subversión social y defensa de la ginocrítica de Showalter). A lo largo de los capítulos que componen esta segunda parte pondremos en práctica este tipo de feminismo que hemos escogido.

En este capítulo hemos sugerido la relación del feminismo restaurador con el postmodernismo, pues partimos de la necesidad de complementar este movimiento con una aproximación feminista, de tal forma que no perdamos de vista el problema de género que juega un papel esencial en la narrativa de Mansfield. Ambos comparten una aproximación moderada al ataque del sistema, partiendo de posturas marginales. Por ello, hemos equiparado el feminismo restaurador con un “postmodernismo feminista” que integra las premisas de las dos grandes perspectivas teóricas que utilizamos. Tras esta visión teórica general, proponemos la siguiente distribución de los capítulos que conforman esta segunda parte. El Capítulo VII estará dedicado a la ginocrítica de Showalter, con el fin de demostrar la aportación del feminismo angloamericano a nuestra tesis. En ese capítulo consideraremos la necesidad de partir de una clara posición femenina para luchar a favor de una tradición literaria de mujeres que, en el caso del modernismo, se aproxima más a los presupuestos postmodernistas que el modernismo canónico masculino, al igual que demostraremos su uso estratégico de los aspectos autobiográficos. En el Capítulo VIII, prestaremos atención al componente postestructuralista que Alcoff distingue en su feminismo restaurador. Para ello, tomaremos como punto de partida las teorías de Kristeva y nuestra atención se centrará en el aspecto desconstruccionista de este tipo de feminismo a través de su estrategia de la “imitación intencionada”. La aplicación de esta estrategia a los relatos de Mansfield será nuestro objetivo en el Capítulo IX.